



31 MUERTOS
20 HERIDOS

IBI EL SALARIO DEL MIEDO

PARA llegar a Ibi viniendo de la capital hay que desviarse a la altura de Villena. Medio centenar de kilómetros antes de llegar a Alicante el paisaje, hasta entonces de trigo y paramera, se torna de un verde intenso. Manzanos y chopos ilustran la estrecha carretera que lleva hasta el lugar de la tragedia: Ibi, asentado en una hondonada que recibe la lejana sombra de la Sierra de Altana, parece haberse repuesto del duro golpe...

Veinticuatro horas justas de la explosión. La gente pasea por las estrechas y bien asfaltadas calles del pueblo. En los balcones, el rojo de los geranios acompaña el paso de los transeúntes. En los bares, muy animados, la gente parece haber concluido un pacto de silencio. Ya no se habla de la explosión que, en apenas unos segundos, ha sumado treinta y una nuevas tumbas al pequeño cementerio ibense.

cuna del juguete

Fue en este municipio alicantino donde, a principios de siglo, se elevaba a rango artesanal la manipulación del Juguete. Con el paso del tiempo, lo que hasta entonces era el esbozo de una incipiente industria juguetera, vio multiplicarse su actividad hasta convertirse, prácticamente, en su eje industrial. En la actualidad, pasan de setenta las fábricas ibenses que nutren al mercado español y que, además, constituyen un capítulo importante de nuestras exportaciones.

—Eso fue como una bomba atómica —me dice, ante el mostrador de una taberna, Víctor Brotóns—. En el momento de la explosión, yo estaba a unos trescientos metros de la fábrica. Allí tengo un terrenito que dedico a la caza del tordo. La

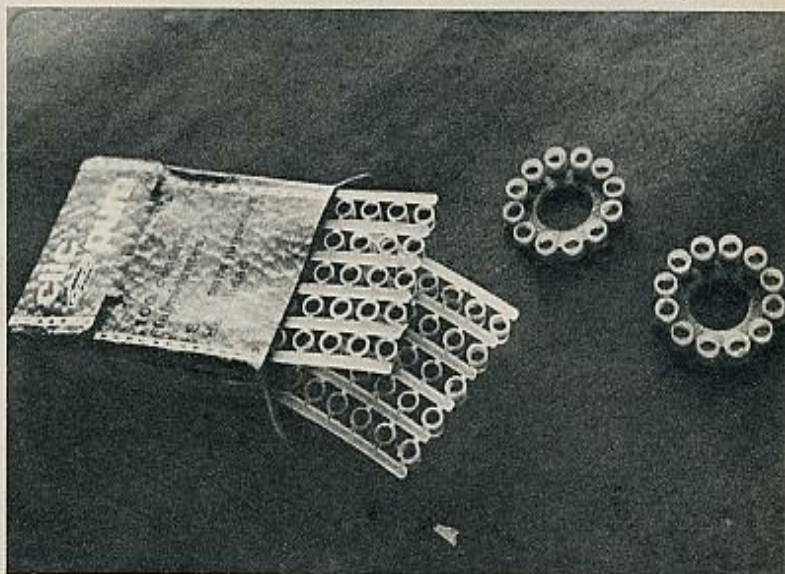
onda expansiva arrancó las ramas de los árboles —añade a modo de conclusión.

En Ibi, el censo de 1960 no llegaba a los 7.000 habitantes. Al tiempo que la vieja industria juguetera modernizaba sus sistemas de fabricación, se multiplicaba asimismo en número. Por primera vez en su historia —y coincidiendo con los primeros años estabilizados—, Ibi comenzaba a experimentar el fenómeno de la inmigración. Manchegos y andaluces abandonaban las cada vez más escasas tareas agrícolas para buscar el seguro jornal que aquí se les ofrecía. Mil novecientos sesenta y ocho: Ibi ha casi duplicado su población.

demasiados accidentes

La fábrica —propiedad de los hermanos Planells— se levantaba en un paraje apartado unos dos kilómetros del pueblo. Para hacer frente a la cuantiosa demanda de fulminantes para pistolas infantiles, la plantilla laboral había pasado durante las últimas semanas de ocho a cuarenta y tantos operarios; dedicados, la mayoría, a las tareas de envasado.

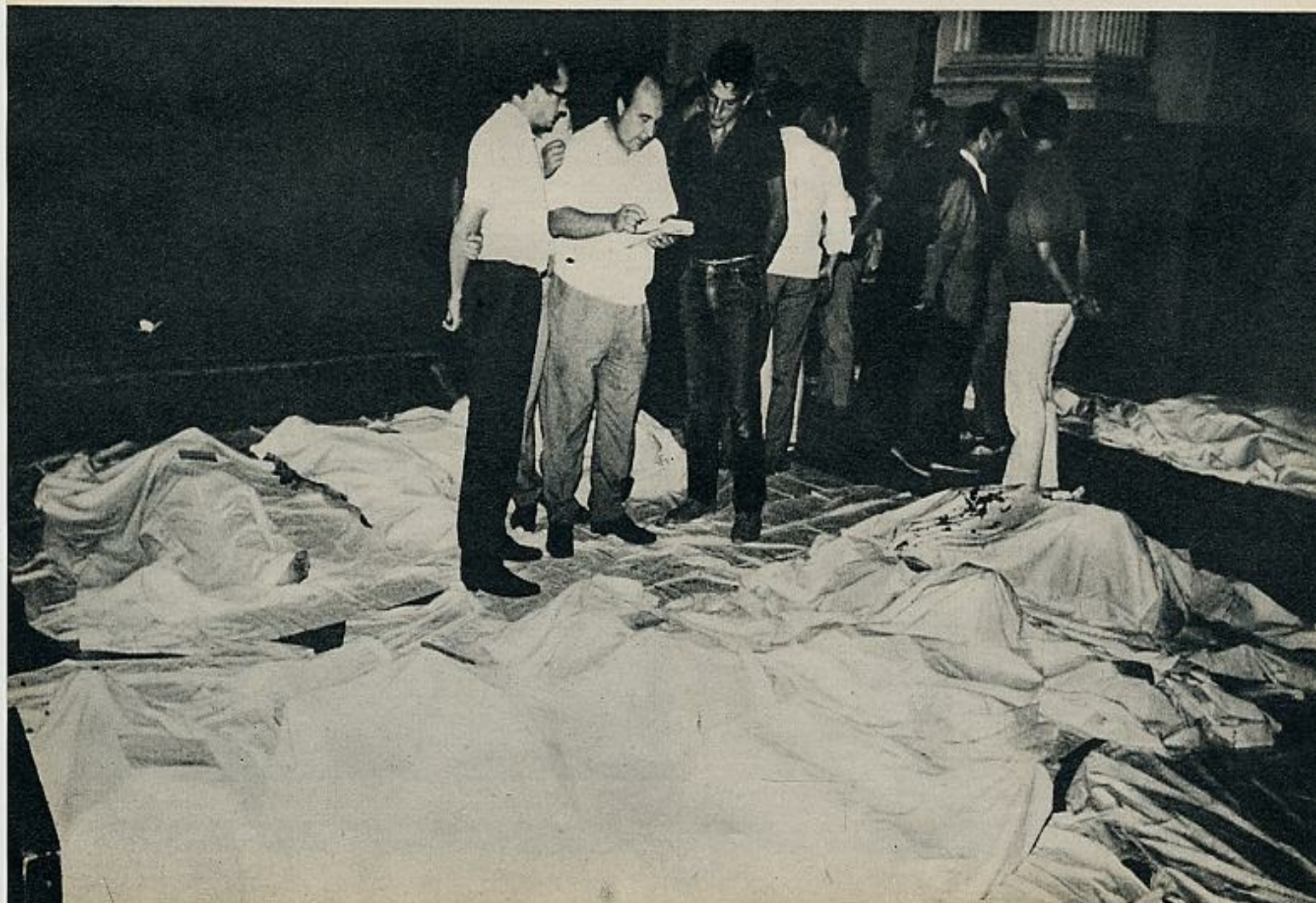
Junto a lo que ahora es un amasijo de escombros, hierros retorcidos y restos de material explosivo, se agolpan los curiosos. Un perro, medio ciego por la explosión,



El «clic pum», tan familiar a muchos niños españoles, provocó la catástrofe. Cientos de kilos de este fulminante para pistolas infantiles saltaron por los aires. ¿Un caso de negligencia? ¿El calor? No se sabe nada.



La tragedia se ha consumado. Del montón de escombros y hierros retorcidos han sido retirados los cadáveres, que se alinean en el interior de la Iglesia de Ibi.



merodea por el lugar; nervioso, olisquea como buscando orientación o puntos de referencia.

—No hace todavía dos semanas, ocurrió lo mismo en la otra fábrica de fulminantes —uno de los guardas jurados que contiene a los curiosos, lia un cigarrillo parsimoniosamente—. Yo creo que este tipo de industria debería estar más vigilada —me confiesa casi en tono confidencial—. La suerte que tuvieron los de la otra fábrica fue que la explosión coincidió con un sábado, cuando allí no había nadie.

miedo a «la pólvora»

Andrés Sánchez, contable de la fábrica siniestrada, se libró por muy poco. Es un muchacho de veinte años que todavía no se ha repuesto de la impresión. Habla con gestos de nerviosismo:

—Hacia unos minutos que había abandonado la fábrica. Como no había luz suficiente (no había instalación eléctrica para evitar, precisamente, cualquier tipo de accidente) cuando oí la explosión. Inmediatamente me di cuenta de que había sido en la fábrica.

Después de la conmoción inicial comenzaron los trabajos de rescate. Con la noche encima, no hubo más remedio que echar mano de los faros de los automóviles. Varios de los cadáveres extraídos no pudieron ser identificados. A los veintín muertos iniciales hubo que sumar diez de los heridos trasladados al hospital de Alcoy... Y la gente se sigue preguntando por las razones del siniestro.

—Para obtener la mezcla que se emplea como detonante se utiliza fósforo rojo, carbonato magnésico y cloruro potásico. Por lo demás, estos materiales suelen almacenarse aislados unos de otros. Por consiguiente —puntualiza nuestro interlocutor—, es falsa la versión que ha corrido por el pueblo de que había en la fábrica varios kilos de trilita.

Muy necesitados han de andar de trabajo los ibenses para emplearse en este tipo de industria. El balance de las víctimas resulta esclarecedor en este aspecto. Excepto los dueños, muertos y heridos eran «forasteros». Manchegos de Tomelloso y andaluces de Cúllar de Baza y de Oria. Gentes con la piel y las manos curtidas en el duro faenar del campo. En la fábrica —trabajando casi siempre a destajo— venían a sacar un sueldo semanal de 1.200 a 1.300 pesetas. Varias de las víctimas no llegaron a cobrar su primer jornal. La formidable explosión —que hizo saltar cristales hasta casi cuatro kilómetros de distancia— acabó con sus vidas apenas iniciada su actividad laboral.

El dolor en Ibi anda repartido por barrios. En barriadas de la



Junto a la chatarra en que quedó convertido el coche de uno de los propietarios, cajas y objetos personales.



IBI

periferia urbana donde, en viviendas de reducidísimas proporciones, se agrupan a veces hasta tres generaciones de una misma familia, tíos, primos...

once, doce años

Pero la arista más cruel de la tragedia habrá que buscarla en esos seis niños que, acuciados por la necesidad, hubieron de anticipar su dedicación al trabajo. Niños de trece, doce y hasta de once años, excesivamente jóvenes para el sudor del «tajo» —robando el tiempo al juego y a las aulas—, dejaron sus pocos años de vida entre los escombros. Codo a codo con los niños, muchachas de dieciséis y dieciocho años —mano de obra barata— ganaban día a día su salario del miedo. Asimismo, dos mujeres embarazadas —de siete y ocho meses— pasaron a engrosar con sus nombres la fúnebre lista. De las cincuenta y una víctimas de la explosión, sólo ocho disponían de los beneficios de la Seguridad Social.

otra explosión

El mismo día del entierro, la prensa trae la noticia de otra víctima —indirecta esta vez— del accidente. En Alcázar de San Juan ha hecho explosión un «paquete de juguetes» que procedía de Ibi; el muerto es, esta vez, un empleado de la RENFE. Este dato hace abundar en el criterio de bastantes ibenses en el sentido de que las causas de la explosión radicaran en un fallo humano en la operación de mezclado. Por otra parte, hay quienes indican la posibilidad de que debido a las reducidas dimensiones de la industria —alrededor de unos doscientos metros cuadrados, en el que trabajaban cuarenta y ocho operarios, muchos de ellos inexpertos— hubiese originado la catástrofe... En todo caso —y en ello el criterio es unánime—, lo que fue industria propiedad de los hermanos Planells no reunía en absoluto medidas de seguridad. Conscientes quizá del peligro, los dueños estaban ampliando sus instalaciones con una nueva nave. Al pie mismo de la obra murieron tres albañiles.

Las calles de Ibi siguen animadas en este caluroso mediodía de domingo. Muy raros son los que no llevaban periódico bajo el brazo, algunos habían llegado a pagar hasta cinco duros por el del día anterior. La tragedia parece ya olvidada, perdida por entre el paisaje reflejado magistralmente por Gabriel Miró. Jijona, Ibi, Onil, almendros y olivos en las estribaciones serranas del interior. Algo lejos de Benidorm, Altea y San Juan, donde el turismo sigue tumbándose al sol del Levante español. ■ **Enviados especiales ANTONIO JAVALOYES y JORGE RUEDA.** Fotos: CIFRA.



Zapatos, un paraguas, capazos para la comida... y la imagen de impotencia de uno de los familiares.